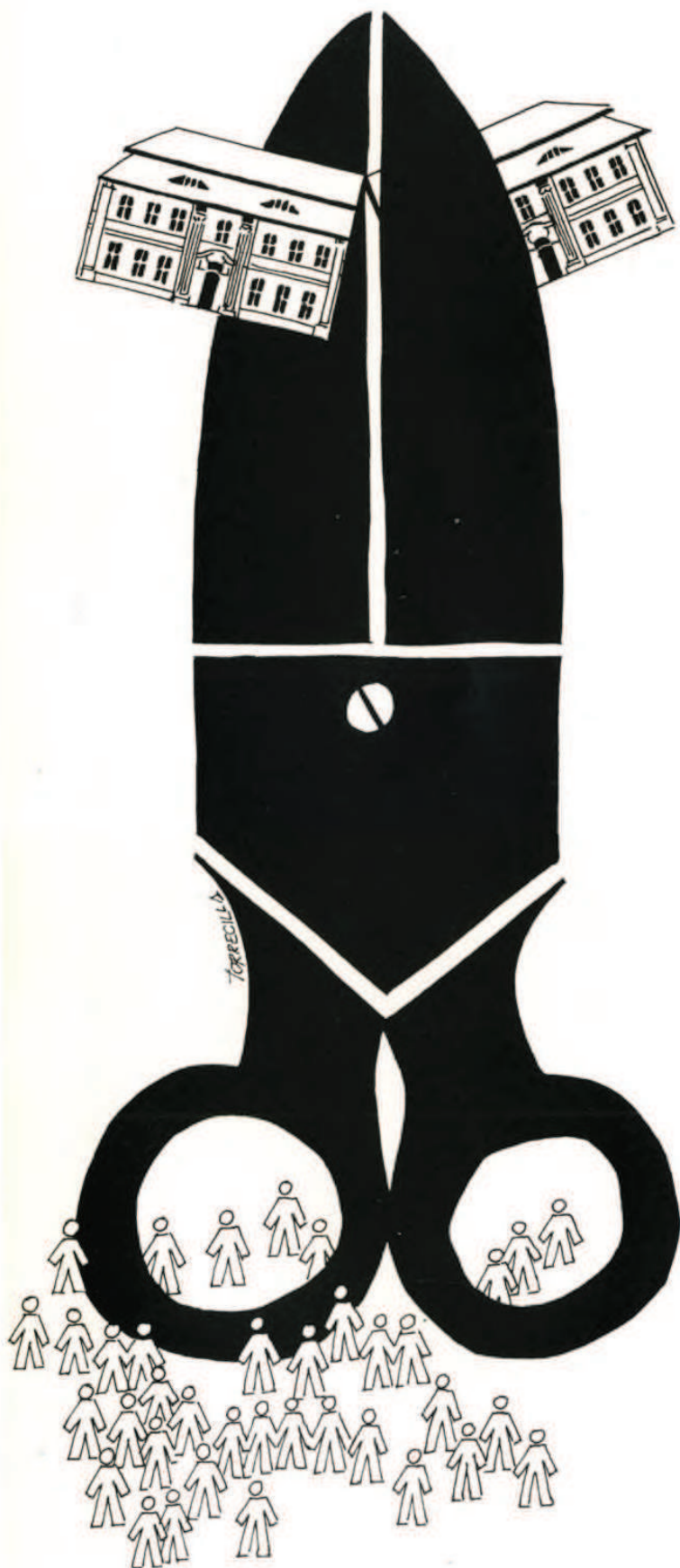




DELEND EST SCHOLA

Durante mucho tiempo los padres gozaron, es un decir, del monopolio educativo. Se suponía que, para bien o para mal, la Humanidad les había encargado de transmitir el saber y constituirse en ejemplo de virtudes, o de vicios, que de todo había. El progreso vino a destruir la forma natural y espontánea por la que generaciones de hombres, humildes y egregios, se deformaban lo suficiente como para ser útiles a la sociedad. Al igual que los miriñaques, o el corsé de ballenas, hace tiempo que los padres pasaron al estado de trastos inútiles y la transmisión del acervo cultural de la Humanidad fue delegada en un colectivo de funcionarios perpetuos, a los que de ahora en

El Cuerpo no se hizo con facilidad con este poder. Durante largo tiempo la paternidad responsable tuvo que ser combatida por la pedagogía y la lucha estuvo muy igualada, no tanto porque los padres supieran mucho de estas cosas como porque la pedagogía, ya lo dijo Ortega, siempre lleva un retraso de unos trescientos o cuatrocientos años con relación a la historia. Los padres pensaban que para equivocarse ya estaban ellos y el Cuerpo no gozó de buena prensa, ni de aprecio social, durante mucho tiempo. Todavía no hace muchos años los regeneracionistas clamaban contra un País que con tal falta de consideración social estimaba a maestros y enseñantes (formas con que ha sido conocido el Cuerpo en diversos momentos de la historia) y las condenaba a sueldos bajos (lo que no les impedía la endogamia), inferiores por lo menos a los de un ingeniero o un jefe de negociado. Como la afirmación parecía más bien resultado de un juicio moral sobre una sociedad escéptica acerca de las presuntas ventajas de la escolaridad obligatoria, más que la consecuencia de un patoleo corporativo, casi todos nos sentimos inclinados a darle la razón. ¡A dónde va a parar este País con semejante escala de valores!

Y sin embargo, ¡cómo han cambiado las cosas en poco tiempo! No es que ahora ganen mucho, pero sólo faltaba que con el horario y las vacaciones que tienen encima ganasen dinero. A pesar de ello, bastante más que los ingenieros, que además están parados en su mayoría, cosa que no ocurre con el Cuerpo. De eso ya se ocupan ellos. Recientemente, el cese de un conserje sobrante en un Instituto de la provincia ha conmovido su solidaridad y provocado su indignación. No sólo han reclamado su reincorporación inmediata, sino que además han exigido al descuidado funcionario que tuvo el atrevimiento de tomar tal decisión que se retracte públicamente y que la Conserjería correspondiente proporcione una garantía escrita sobre la intangibilidad perpetua del susodicho Cuerpo. Un hecho semejante no debe volver a repetirse.

Dejando aparte lo curioso que es exigir a un País que en ese momento lo está pasando económicamente muy mal y que tiene 250.000 parados que mantenga a un conserje, lo necesiten o no, podría ser incluso escandaloso que el Cuerpo manifieste públicamente su voluntad de estar «au dessus de la mêlée». Mientras a los del metal el mercado les reestructura, lo que es una de las formas más efectivas de hacerles la puñeta, nuestro Cuerpo sacerdotal, nuestros chamanes, siguen como si tal cosa. Si no supiéramos que moralmente están con los del metal, sería como para pensar que un cierto egoísmo corporativo les lleva a preferir seguir mirando los toros desde la barrera.

Pero el Cuerpo podría decir, y con razón: La sociedad me hizo así. El Cuerpo no salió de la nada. Al principio, se creyó que los padres se bastaban para transmitir el cancionero de la tribu con suficiente fidelidad y no había por qué sustituirlos. Pero, con el paso del tiempo, fue demostrándose claramente que los padres no servían para grabar al fuego el conjunto de instrucciones que permitirían a los jóvenes insertarse en una sociedad industrial de forma prometedora. Todavía no se creía en la educación —todo el mundo sabe que eso es imposible y no resulta; además podría ser incluso peligroso—, pero tampoco se podía decir crudamente que la escuela sólo enseña a crear reflejos condicionados y funcionar a toque de campana, para así luego poder trabajar en una cadena de producción con el suficiente temor de Dios. Por eso, a todo el entrenamiento previo se le puso una prometedora etiqueta (cultura, formación integral, etc.) y a los entrenadores el no menos res-

petuoso calificativo de Maestro. Los que inventaron el juego decidieron que había que pagarles lo suficientemente poco como para que no se lo tomaran demasiado en serio, lo que a la larga resultó contraproducente, porque como equivalía a un voto de pobreza, ello les permitió sustituir a las antiguas castas sacerdotales de signo vertical (entre el cielo y la tierra).

Con el tiempo el Cuerpo creció en cantidad y precio de forma alarmante. En la actualidad no sólo son muchos, sino que se gastan el capítulo más voluminoso del Presupuesto. Sus defensores incluso afirman que existe una relación esotérica entre dicho presupuesto y el grado de ilustración y cultura de un País —lo que está demostrado como falso— y pretenden seguir aumentando dicho presupuesto a marchas forzadas. No son sólo un cáncer; se han convertido también en un grupo de presión. Más peligroso aún, muchos de ellos creen sinceramente, incluso en aulas de cuarenta alumnos, que los contenidos que imparten se corresponden con los de una cultura como patrimonio de la Humanidad y una educación de tipo personal, y es muy difícil convencerles de lo contrario. Nada tan terrible como un fanático.

Al paso que vamos, muy pronto la sociedad se va a ver obligada a poner las cosas en su sitio y educar a los educadores. Bastaría para ello que recordáramos las tonterías que nos han enseñado, pero éstas, como le sucedía a Sherlock Holmes, apenas salidos de las aulas se nos olvidan. La naturaleza es sabia y piadosa y da por supuesto que si recordáramos las asignaturas no podríamos aprender las cosas que verdaderamente importan y que, como es lógico, se enseñan en la vida.

Asimismo, un poco de rencor tardío tal vez nos podría ayudar a hacer bajar al Cuerpo de su pedestal. Cuando pensamos que en lugar de enseñarnos a amar la naturaleza nos hicieron aprender el sistema de reproducción sexual de las gimnospermas, que en lugar de amar el paisaje nos enseñaron los afluentes de la izquierda del Duero, que la forma correcta de hacernos entender el pasado y el presente consistía en la lista de los reyes godos; en fin, que no sólo no desarrollaron nuestra sensibilidad, fortalecieron nuestro amor a la libertad, el gusto por la introspección y la soledad, sino que trataron por todos los medios de hacer todo eso imposible e intentaron suprimir o humillar cualquier forma personal de razonar, de elección individual, nos debiera invadir un sano deseo de ajustar las cuentas y limar la arrogancia de algo que socialmente es inútil y encima caro.

Tuvimos que educarnos, pero lo tuvimos que hacer por nosotros mismos y contra el Cuerpo. La «educación» se ha convertido en el enemigo principal de todo brote de una forma de sentir propia, de creación de un universo personal, así como un símbolo opuesto de la autonomía de los individuos, muy pocos de los cuales sobreviven a una labor castradora, creadora de inseguridades y dependencias. El Cuerpo se ha extralimitado; su poder, hoy por hoy intangible, se deriva del monopolio de la expedición de diplomas y de la condición de obligatoriedad de tales certificados académicos para optar a un trabajo. Supongo que tal función es inevitable e insustituible; el diploma presupone que las instrucciones y el entrenamiento para el trabajo han sido debidamente asimiladas, para lo cual proponen unos hándicaps inútiles en sí mismo (no hay que pretender entender un plan de estudios, no tiene sentido lógico; es sólo una carrera de obstáculos) pero válidos para reproducir indefinidamente el sistema. El Cuerpo ejerce un darwinismo «sui generis», selecciona a los más resistentes y alimenta de meritocracia al poder dirigente. Tal mecanismo funcionó tan bien durante el franquismo que muchos números

uno acabaron de ministros; el País todavía no ha terminado de recuperarse de tan devastadora experiencia. Todo esto es ya bastante repugnante, pero que encima intenten educarnos, ¡¡casi sentimos nostalgia de la paternidad responsable!!

Algunos enseñantes, los más lúcidos, conscientes de su culpa, como meras correas de transmisión educativa, apenas pueden disimular sus remordimientos y sus deseos de expiación les llevan a abrazar causas progres o inscribirse en partidos políticos que propugnan cambios radicales, como el PSOE o el PNV, donde se apuntan los dómines de los Colegios Nacionales e Ikastolas, respectivamente, lo que de paso les vale para hacerse inatacables. Ningún partido político puede ganar unas elecciones con el Cuerpo en su contra. No sólo atacaría uno de los pilares de la sociedad; además se haría sospechoso de lesa cultura.

El Cuerpo, con habilidad diabólica, ha suprimido toda oposición o crítica con el sofisma de su identificación con la ciencia y la sabiduría. Nos quieren hacer ver que quienes les miran con escepticismo defienden el oscurantismo y la ignorancia. Ante todo debe quedar bien claro que el Cuerpo no es el saber; es sólo una de las castas sacerdotales, administradores poco distinguidos, pero muy unidos. No son sabios; son muchos. Deben ser, pues, desmitificados.

Difícil tarea. A la sociedad le resulta muy difícil admitir que su larga lucha por la cultura, la enseñanza gratuita, la igualdad de oportunidades, etc., sólo ha servido para medro de la Administración, que rápidamente ha prostituido el planteamiento original. Es muy duro luchar por algo para descubrir que

carece de contenido real. Es más amargo todavía sospechar que esta sociedad y su poder correlativo tiene una capacidad absoluta para desvirtuar cualquier tipo de anhelo colectivo, cualquier demanda social por justa que sea. Que todo aquello que, en principio, es original y necesario, la Administración lo traduce en más administración y más poder, sustraído automáticamente al control de quienes lo sostienen. Sin necesidad de presupuestos teóricos (Rousseau), cualquiera que en el presente se asome a este tinglado autofágico se da cuenta que cuanto menos centralización, menos poder y menos delegación, mejor. Pero lo opuesto de esto es hacerse cargo de uno mismo y esto es muy difícil. Por eso la Administración se nutre de nosotros mismos y nos devora. Hace cien años, (Thoreau, Gandhi), y ahora, la forma más radical de revolución consiste en negarse a pagar los impuestos.

Pero, volviendo al Cuerpo, podemos empezar por tratar de desmitificarlo y para ello podríamos empezar por desarrollar algunos slogans de enunciado tajante, dirigidos a quienes nunca han dejado de desconfiar de los educadores, aunque sólo sea porque les han sustraído a sus hijos de su esfera de influencia: los padres. «Una hora de clase afecta al cerebro más que un porro». «Si tu hijo se escapa del colegio es simplemente por instinto de conservación». «Pedagogía no, gracias». «Ikastola apurtu». «Supresión de todos los cuerpos represivos».

No vamos a conseguir nada, pero se van a enterar.

*Antron Pz. de Calleja
Junio de 1982*